

Hay cosas de las que no hablamos. He ahí un precepto de cualquier guión de terror. Hay casas de las que no hablamos. Peor me lo pones, ahí ya sonamos a escalera que cruje, desván con muertos en el armario e incautos masacrados cuando menos se lo esperan. Pero estamos en el mundo real, de manera que aquí nada comentamos sobre la familia real, que a su vez ha hecho del “no hay comentarios” un estilo de vida y una tradición imperecedera. En un momento en que se recorta la inversión en hospitales y geriátricos, se bajan los sueldos de los trabajadores públicos y se arremete con crueldad vengativa contra las artes y las ciencias, nada nos han dicho de una posible merma del presupuesto destinado al sostenimiento de la jefatura del Estado y aledaños. Tema tabú, aun-

que a costa del contribuyente. Resulta como de mal gusto parlotear sobre dinero y corona, incluso en estos tiempos en que soportamos 30 minutos de información económica en el Telediarío sólo para que nos entre sentimiento de culpa y miedo, en plan “de este tsunami tienes la culpa tú por comprar a plazos”. Ignoramos si a los escoltas del monarca les han mermado la paga extra. No sabemos si los limpiadores de La Zarzuela se han ido al paro y ahora hay baños cerrados en Palacio. Conocemos que Letizia repite vestidos para ahorrar porque lo explica *Hola!* a bombo y platillo, y con ese dato nos damos por satisfechos. Algunos sostienen que una república resultaría más cara, pero dichas

¿Qué es un rey para su yerno?



PILAR GARCÉS

afirmaciones están basadas en números opacos y suposiciones, así que sólo podemos elucubrar. El silencio como banda sonora de la eternidad. No digas nada y así no meterás la pata. Pese al anacronismo de la institución monárquica, los tiempos han cambiado y ahora ya no existen cosas de las que no se habla. Culpa de internet y de las redes sociales, que no atienden a razones de Estado y exigen respuestas ahora y aquí. No basta con abrir una web

en la que no se cuenta nada, y no basta con esperar que los asuntos espinosos caduquen. Por eso parece razonable algún pronunciamiento sobre el asunto Iñaki Urdangarín más allá de “no hay comentarios” desde su familia política. La policía rastrea contratos dudosos con instituciones de toda España de empresas del esposo de la infanta Cristina; hay testimonios bien poco edificantes de gestores públicos que, afirman, se vieron obligados a hacer negocios con el duque de Palma porque presuntamente consignó como un activo su parentesco borbónico. El aludido se despachó hace un mes con un par de líneas (“preparo mi defensa”) y la revista *Diez Minutos* le sacó en portada con rostro compungido. Y

después, nada. Resulta ridículo el empeño por dar sensación de normalidad cuando no la hay. Hace dos días, don Juan Carlos recibía a los niños ganadores del concurso nacional ¿Qué es un rey para ti? cuando la gran pregunta es ¿Qué es un rey para su yerno, señor? Algo tendrán que decir. Algo que no sea muy complicado ni comprometa a la institución, que ya está muy comprometida por cuenta de uno de sus miembros. Por su propia boca, o por la del implicado. Algo con sentido común, una explicación, una disculpa, un gesto de pesar, un movimiento en el tablero, o la verdad a secas. Porque ya no hay intocables. Se ha acabado el estado del bienestar, no hay pasta para pagarlo, y eso sirve para todos. Incluso para los que saben quedarse callados.

A buenas horas



PEDRO DE SILVA

La democracia española nació con un muerto en el armario, el cadáver insepulto del franquismo, y ése fue el precio de la Transición. No es que Franco siguiera en su tumba, es que todas las instituciones del Estado, y de forma especial el Ejército y las fuerzas del orden, estaban repletas de franquistas, que allí siguieron hasta su jubilación. Para ser más claros, el mismo Rey había sido designado por Franco como su sucesor, aunque luego se

ganara bien el puesto. Así fue porque así lo quisimos para tener la fiesta en paz, pues con los poderes fácticos intactos no se podía hacer de otro modo sin traumas. En ese marco, la tumba del dictador, en el faraónico panteón que se había erigido, casi era lo de menos. O sea, se cambió pulcritud democrática por tránsito en paz. Hacer ahora un saneamiento retroactivo sacando al muerto no deja de ser una hipocresía, o un modo de blanquear el sepulcro.

EL PRISMA

DE SANTY



Pulgas y cerdos

Nos conocíamos de sus buenos tiempos y sé que no mentía cuando en los amargos días de su caída me dijo de madrugada que aquella discoteca en el centro de la ciudad había dado tanto dinero, que cada noche se necesitaba la fuerza de tres hombres para empujar la puerta de la caja fuerte hasta encajarla. Él y unos cuantos fieles y advenedizos que le rodeaban tuvieron que renunciar muchas veces al sueño porque no encontraban en el día tiempo bastante para gastar el dinero que no cabía en la caja. Agotados los lujos, se procuraron vicios nuevos y la compañía de mujeres codiciosas e insaciables que bebían el champán por un botijo y se empolvaban la cara con cocaína. Aquel tipo ventilo el negocio en poco tiempo y una noche al hacer las cuentas se encontró con que las deudas superaban a los ingresos, así que los acreedores se le echaron encima, le precintaron las manos y quedó

en la ruina. Salvó la elegancia, un par de amigos y poco más. Las chicas se fueron a otra parte, arrastradas en su ceguera moral por el polen del dinero, ansiosas y desaprensivas, olvidadizas para la amistad y sensibles para las rentas. Y una de aquellas madrugadas en mitad de su dramática caída, me dijo mi amigo: “Yo soy el de siempre, muchacho, pero toda aquella gente ya no se fija en mí. Huyen de la mano que tanto tiempo les dio de comer. En estos casos la mierda suele ir más rápida que el viento. Me mantengo en forma y conservo algunos trajes de los de entonces, pero, ¿sabes?, me he convertido en un mendigo elegante. Mis amigos de entonces se apartan a mi paso, como si la pobreza fuese una enfermedad venérea. Olvidaron todas aquellas noches de excesos, cuando en nuestras manos el dinero era más abundante que el tiempo y se nos quedaban pequeños los brazos para apretar a tantas mujeres.

ÁSPERO Y SENTIMENTAL

JOSÉ LUIS ALVITE

Ahora que lo pienso, no me importa reconocer que éramos como cerdos que comiesen sin apetito”. Yo sé que no exageraba en abso-



camas lo bastante anchas para sus juergas, ni vicios que su dinero no convirtiéndose en simples caprichos. La última noche que nos vi-



Suele ocurrir y no creo que tenga remedio. ¿Sabes?, las mujeres solo me veían bonitas las manos cuando en realidad me las hacía pequeñas el dinero

luto porque viví de cerca la rotunda abundancia de sus buenos tiempos. Había sido un tipo generoso rodeado de gente que no tardaría en perder la memoria. No había en la ciudad hoteles con las

mos me dio la mala noticia de que estaba enfermo. Lo hizo a su manera, sin perder el sentido del humor: “He perdido peso y la ropa me viene grande. Parezco un fugitivo que se escondiese de la

muerte camuflándose en un sepulcro de trapo. Mira mis manos, amigo. Fíjate bien en ellas. Y dime cómo es posible que tiemblen de este modo las manos de un tipo que hace solo unos años era capaz de ganar al *black jack* apostando de oídas desde la escalinata del casino. Estoy acabado, lo sé. En algunos bares aún me fian las copas pero me jode porque aunque he perdido el dinero, no he perdido al mismo tiempo la dignidad, ni la vergüenza. Me pregunto qué habrá sido de todas aquellas mujeres. Supongo que son ahora las pulgas de otro perro. Suele ocurrir y no creo que tenga remedio. ¿Sabes?, las mujeres solo me veían bonitas las manos cuando en realidad me las hacía pequeñas el dinero. Ellas me demostraron que las manos que piden saltan menos a la vista que las manos que dan. Pero así es la vida, amigo. Yo era joven y rico; no tenía motivos para ser también sensato”.